

las existencias que la Revolución había creado y que estaban amenazados de muerte si Napoleón llegaba á ser derribado y se entronizaba la contra-revolución de los Borbones. La monarquía que en junio de 1804 declaraba fuera de la ley todo cuanto había sucedido en Francia desde el 5 de mayo de 1789, continuaba siendo la mortal enemiga del órden social y de la división de la propiedad que habían conseguido por vez primera con el gobierno de Bonaparte segura existencia jurídica y protección completa. Imperio ó contra-revolución: tal era el dilema que los Borbones presentaban á la Francia. El triunfo que Napoleón consiguió en el planteamiento de esta cuestión quedaba demostrado por el hecho de haber

ordenado la inserción de la protesta en el *Monitor* del 9 de junio, con esta simple adición: «Tales son las palabras propias de la protesta formulada por el conde de Lila contra todo cuanto se hace y se ha hecho en Francia desde la reunión de la Dieta de los Estados.» Acerca de los Borbones y de todo lo que hacían podía decirse lo que decía Cadoudal: «Hemos hecho más de lo que queríamos: vinimos para dar á la Francia un rey y le damos un emperador.»

La identidad de intereses que unía á la nueva Francia con Napoleón no podía ser destruida por ningún poder de la tierra, y hubiera sido indestructible si no se hubiese destruido ella misma. Aun así, tuvo que hacer mucho para des-



Consagración imperial de Napoleón por el Papa en la catedral de París.

truirse, pues solo acabó después de diez años de una política guerrera universal, cuyos mortales efectos experimentó por sí misma «la gran nación.» El afán de lanzarse á lo desconocido, á lo gigantesco, se posesionó de la Francia mucho más de lo que creían los que sospechaban que la adulación de los cortesanos había hecho al emperador ser infiel á sus propias convicciones. Siendo cadete en Brienne había escogido un rincón en su pensamiento al cual solía retirarse para soñar en lo que desde su infancia amaba apasionadamente, y como un rabioso (1) defendía su santuario contra los discípulos que de él querían arrojarle. Este rincón, en el cual no había penetrado ninguna mirada extraña y en el cual él mismo se sentía extraño muchas veces, lo conservó durante toda su vida. En él fraguaba como un Vulcano; en él surgían fantásticos y aventureros planes que comenzaba por rechazar espantado, pero que siempre volvían á presentarse, hasta que acababan por apoderarse enteramente de su alma y hasta que sus pensamientos sobre los límites de lo posible le hacían perder el criterio de lo que á su poder era dado y la

(1) *Mém. de Mad. de Remusat*, tomo I, pág. 267.

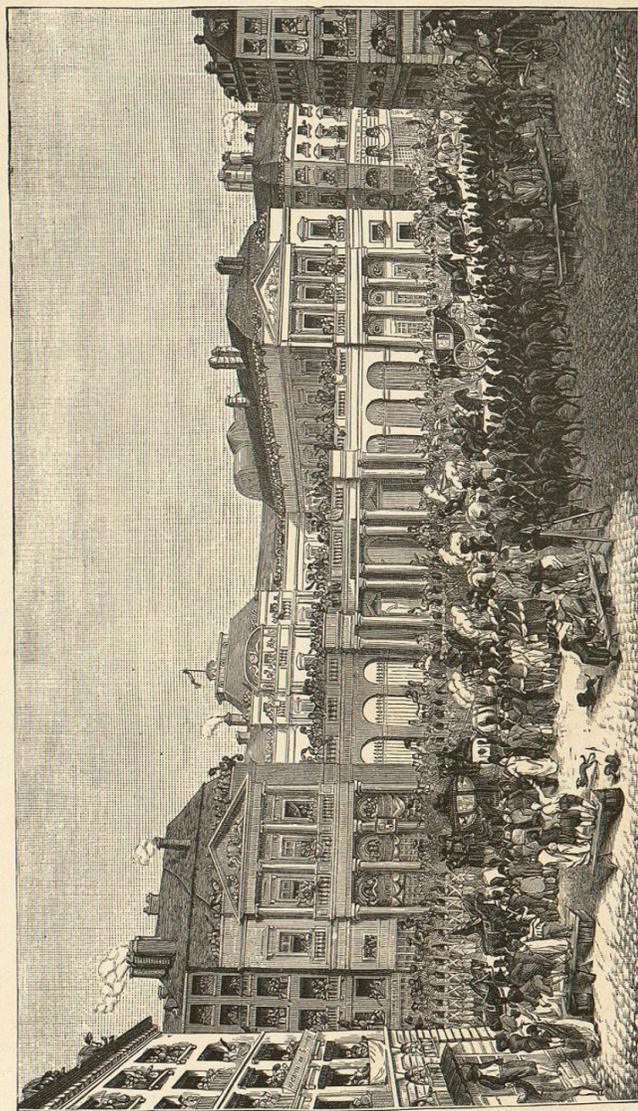
energía para dominar al demonio que se agitaba dentro de su propio pecho.

Uno de estos planes era un desembarque en Inglaterra é Irlanda realizado en grande escala, y en cuya seriedad nadie ha creído porque su realización no había pasado de los preparativos. Acerca de éstos, sin embargo, nos dice la historia lo bastante para poder afirmar con toda seguridad que este plan, no realizado, estaba tan seriamente meditado como los que se llevaron á cabo en Rusia y en Egipto.

En el campamento de Boulogne había dispuesto un ejército de desembarque compuesto de 120,000 hombres de tropas escogidas, y en los puertos de Etaples, Boulogne, Wimereux y Ambleteuse centenares de chalupas cañoneras esperaban la órden de embarcar este ejército y conducirlo al otro lado del canal (2). En julio ó agosto de 1804 hubiera debido emprenderse la marcha, á no haber ocurrido el retraso de la escuadrilla holandesa (3), que debía tomar á su bordo

(2) Acerca de los grandes preparativos que para esta empresa se hicieron hasta junio de 1803, véase Thiers, tomo IV, pág. 368; tomo V, pág. 173.

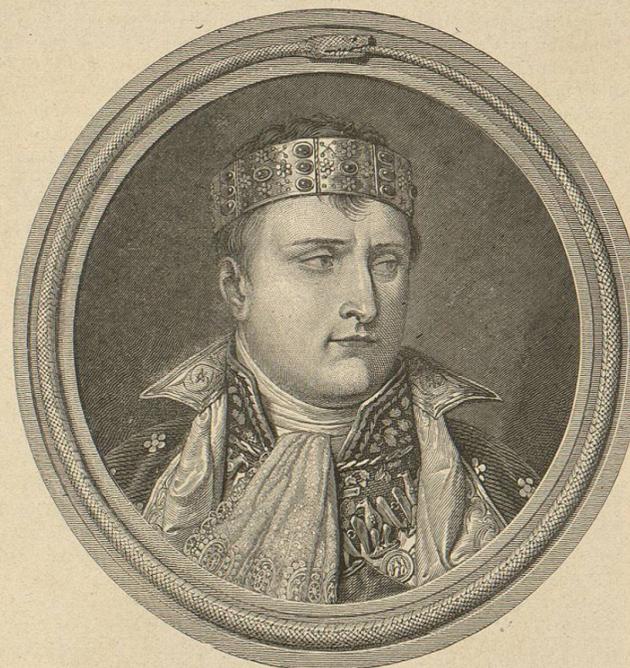
(3) Thiers, tomo V, pág. 170.



Napoleón pasando desde el palacio del Tribunal á la iglesia de Nuestra Señora, para su coronación

al cuerpo del general Davout. El aplazamiento fué para Napoleón muy desagradable, pero no por esto el plan quedó abandonado, antes al contrario fué ampliado. En 27 de setiembre de 1804 escribía Napoleón desde Maguncia al mariscal Berthier: «Primo mio: La expedición militar á Irlanda está acordada y para llevarla á cabo celebrareis una entrevista con el mariscal Augereau. En Brest hay lo necesario para embarcar 18,000 hombres; el general Marmont está, por su parte, dispuesto con 25,000 y procurará desembarcar en Irlanda poniéndose luego á las órdenes del mariscal Augereau. El gran ejército de Boulogne será embarcado al mismo tiempo y hará todo lo posible para desembarcar en el condado de Kent. Hareis presente al general Augereau que su conduc-

ta ha de amoldarse á los acontecimientos. Si se confirman los datos que he adquirido por conducto de irlandeses fugitivos y por el de mensajeros enviados por mí á Irlanda, al efectuarse el desembarque gran número de irlandeses se unirá á nuestras banderas. Entonces Augereau se dirigirá inmediatamente á Dublin; pero si el movimiento ha de aplazarse, tomará posiciones para esperar al general Marmont y el desembarque del grueso del ejército. La escuadra estará dispuesta el 22 de octubre y en esta misma fecha lo estará el ejército de tierra (1).» Dos dias despues, es decir, el 29 de setiembre, escribía Napoleón al ministro de Marina, vicealmirante Decrés, que para lugar de desembarque reunía grandes condiciones la plaza de Longh-Swilly, situada en el



Napoleon con la corona de hierro. - De un grabado de Longhi (1812).

Norte de Irlanda. El plan consistía en salir de Brest, dar la vuelta á Irlanda, sin dejarse ver de los de la costa, y luego desembarcar como si se llegara de Terranova. El desembarque en Irlanda no podía ser mas que el primer acto de la grande empresa proyectada contra Inglaterra y debía servir de apoyo al ataque que el grueso del ejército debía dirigir contra la poderosa escuadra. «Una de las dos operaciones ha de tener buen resultado y si logro tener 30 ó 40,000 hombres en Irlanda ó en ésta y en Inglaterra el buen éxito de la guerra está asegurado (2).»

Durante los últimos dias del otoño, época de las grandes tempestades, era imposible la navegacion; por lo mismo fué preciso aplazarla para el año 1805, y durante este tiempo se celebró la gran fiesta de la coronacion imperial por el Papa en persona. Tuvo efecto esta fiesta con inusitada pompa (3) en 2 de diciembre de 1804, y á ella siguió, en enero del nuevo año, la creacion de un reino de Italia como territorio anejo al imperio francés. El emperador de Francia tomó el

título de «rey de Italia,» y pronunció, en la sesion imperial que celebró el Senado en 18 de marzo de 1805, un discurso que, aunque pronunciado para los diputados italianos, iba dirigido á toda la Europa.

En este discurso se rebatió todo cuanto podia decirse acerca de planes de anexion y de conquista como consecuencia de la adopcion del título de rey de Italia, y se planteó con gran energía, como programa del emperador, la política de renuncia á todo engrandecimiento que traspasara las fronteras naturales de Francia. Como el emperador faltó poco despues abiertamente á este programa, y como el quebrantamiento de la promesa hecha espontáneamente á la faz de toda la Europa fué considerado como una declaracion de guerra que amenazaba destruir todos los derechos todavia subsistentes y toda la propiedad no usurpada todavia, bien vale la pena de reproducirse íntegro este discurso programa (4): «La fuerza y el poder del imperio francés serán superados por la moderacion, que es propia de todos nuestros asuntos políticos. Hemos conquistado la Holanda, tres cuar-

(1) *Corresp.*, IX, pág. 342.

(2) *Corresp.*, IX, págs. 556-557.

(3) Thiers, tomo V, pág. 263.

(4) *Corresp.*, X, págs. 235-237.

tas partes de Alemania, la Suiza y la Italia, y en medio de todos estos triunfos hemos guardado siempre nuestra mesura; de todas estas provincias solo hemos conservado lo necesario para mantenernos á la misma altura de respeto y de poder que siempre ha tenido la Francia. La desmembración de Polonia, el despojo de Turquía y la conquista de las Indias y de casi todas las colonias han destruido, con desventaja para nosotros, el equilibrio general. Todo cuanto no nos ha parecido útil para su restablecimiento lo hemos devuelto, y al hacerlo así, hemos obrado en conformidad con el principio que constantemente nos ha guiado, y es el de no empuñar nunca las armas por planes puramente de gloria ó por afán de conquistas.

»La Alemania ha sido evacuada; sus provincias han sido restituidas á los descendientes de tantas dinastías ilustres que hubieran podido considerarse para siempre perdidas si no les hubiésemos prestado nuestro apoyo magnánimo. Nosotros las hemos restablecido y fortalecido y hoy los príncipes alemanes disfrutan de mayor esplendor y de mas respeto del que gozaron sus antepasados.

»El Austria, despues de haber perdido dos guerras, ha conservado el Veneto, y en cualquier tiempo hubiera de buena gana cambiado por éste las provincias que ha perdido.

»Apenas conquistada, la Holanda fué declarada independiente; su anexion á nuestro imperio hubiera sido el coronamiento de nuestro sistema mercantil, porque las grandes corrientes de la mitad de nuestro territorio van á desembocar en aquel país. Y á pesar de esto, Holanda es independiente y sus derechos aduaneros, su comercio y su administración se rigen á voluntad de su gobierno.

»La Suiza fué ocupada por nuestros ejércitos que la defendieron contra los ataques de la Europa coaligada. Su anexion hubiera completado nuestras fronteras militares, y esto no obstante, la Suiza se gobierna á sí misma, en fuerza del acta de mediación, independiente y libre segun la voluntad de sus 19 cantones.

»La anexion de la república italiana al imperio francés hubiera sido provechosa al incremento de nuestra agricultura; y sin embargo, despues de conquistarla por segunda vez, hemos sancionado, en Lyon, su independencia. Hoy hacemos aun mas, invocamos el principio de la separación de las coronas de Francia y de Italia y escogemos como tiempo para realizar esta separación el momento en que es posible y no ofrece peligro para nuestros pueblos italianos.

»Hemos aceptado y ceñido aquella corona de hierro de los antiguos lombardos para darle nuevo temple y robustecerla, á fin de que no se rompa en las tempestades que la amenazan, mientras el Mediterráneo no vuelva á su estado normal.

»Pero no vacilamos en declarar que entregaremos esta corona á uno de nuestros hijos legítimos (sea por nacimiento, sea por adopción) el día en que nada tengamos que temer por la independencia de los demás Estados del Mediterráneo por nosotros garantida.

»En vano el genio del mal buscará pretextos para hacer estallar de nuevo la guerra en el continente: lo que en virtud de leyes constitucionales del Estado está unido á nuestro imperio, unido á él quedará. Ninguna nueva provincia será á él anexionada (1); pero las leyes de la república bávara, el acta de mediación de los 19 cantones suizos y este primer estatuto del reino de Italia quedarán invariablemente bajo el amparo de nuestra corona y no consentiremos nunca que contra ellos se atente.

(1) *Ce qui a été réuni à notre Empire par les lois constitutionnelles de l'Etat y restera réuni. Aucune nouvelle province n'y sera incorporée.*

»En todas ocasiones y en todos los asuntos mostraremos la misma moderación, y esperamos que nuestro pueblo no necesitará ya desplegar, en lo sucesivo, aquel valor y aquella energía de que ha dado pruebas siempre que se ha tratado de la defensa de sus derechos.»

Pocos fueron los que dieron crédito á este programa de renuncia y de desinterés, pero nadie sospechaba que Napoleón quebrantara tan pronto su palabra imperial.

En 26 de mayo de 1805 (2) se ciñó Napoleón solemnemente en la catedral de Milán la corona de hierro de los lombardos, que había tenido que ser llevada de Monza y que fué consagrada por el cardenal Caprara con las mismas ceremonias que se practicaban cuando el emperador de la nación alemana se hacía coronar rey de los lombardos. Las palabras que en aquella ocasión pronunció el emperador: — *Dio me l'ha data, guai a qui la toccherà* — (Dios me la ha dado, ¡ay del que la toque!) fueron dichas en un tono que hizo temblar á los que las oyeron. Despues, publicó el estatuto orgánico para la nueva monarquía y nombró á su hijastro Eugenio de Beauharnais virey de Italia: luego, el mismo hombre que, en 18 de marzo, había declarado espontáneamente y sin reserva en París que «no se incorporaría al imperio ninguna nueva provincia,» hizo que en la república liguria se verificara una votación popular sobre su anexion á Francia (3) y aceptó el día 4 de junio, en Milán, el plebiscito que solicitaba la anexion de Génova al imperio francés. No contento con esto, convirtió la pequeña república de Lucca en un ducado é hizo de él cesión á su hermana Elisa y á su marido el príncipe Baciocchi, que debían poseerlo con carácter de hereditario; todo esto sin necesidad alguna y por la sola razón de que así se le antojaba, sin mirar si contradecía ó no la promesa que á la faz de Europa espontáneamente había hecho.

Napoleón vivió en Milán en una especie de embriaguez que le hacía olvidar muchas otras cosas, además de la impresión que la anexion de Génova y Lucca podía producir. La idea de llevar á cabo su grande empresa en Irlanda y en Inglaterra, que entonces ó nunca podía considerarse á punto de ser realizada, se había apoderado por completo de su alma. En 9 de junio de 1805 escribía al vice-almirante Decrés: «Si Inglaterra está bien penetrada de la gravedad de su juego, debe renunciar al bloqueo de Brest, pero no sé realmente qué precauciones puede adoptar para defenderse del peligro que la amenaza. ¡Cuán loca es una nación que sin obras de fortificación y sin ejército de tierra se pone en el caso de tener que ver su suelo invadido por un ejército de 100,000 veteranos escogidos! ¡Tal es la obra maestra de nuestra escuadrilla! Cuesta dinero, es verdad, pero con solas seis horas de ser dueños del mar, Inglaterra dejará de existir (4).»

Para alejar á la escuadra inglesa del rumbo que debía seguir el poderoso ejército para atravesar el canal, el emperador había enviado al almirante Missiessy hácia las Antillas inglesas y á la escuadra aliada franco-española mandada por Villeneuve y Gravina á la Martinica; pero la escuadra inglesa que á las órdenes de lord Cornwallis tenía bloqueada la rada de Brest no huyó ni vaciló, antes bien se aumentó con veinte buques y llegó á desesperar al almirante Ganteaume, que vió interceptada la salida (5). Si Ganteaume no podía romper con sus buques el cerco de sus sitiadores, Villeneuve debía regresar de las Indias Occidentales para hacer levantar el bloqueo; que esto sucedería de esta manera y que todo saldría á medida de los deseos era la creencia que acariciaba el altivo emperador cuando entró, el día 3 de agosto, en Boulogne para

(2) Thiers, tomo V, pág. 378.  
(3) Thiers, tomo V, págs. 385-386.  
(4) *Corresp.*, XI, pág. 506.  
(5) Thiers, tomo V, págs. 392-393.



*S. A. S. Le Prince*  
*Archichancelier d'Etat de L'Empire Français.*



*Eugène Napoleon*  
*Vice-Roy d'Italie, et Prince de Naples*